

The background of the cover is white, covered in a dense pattern of black ink splatters of various sizes and shapes, creating a chaotic and expressive texture. A solid black vertical bar runs down the left side of the cover.

DÁMASO
ALONSO

**HIJOS
DE LA
IRA**

de

... Habíamos pasado por dos hechos de colectiva vesania, que habían quemado muchos años de nuestra vida, uno español y otro universal, y por las consecuencias de ambos. Yo escribí Hijos de la ira lleno de asco ante la estéril injusticia del mundo y la total desilusión de ser hombre. Es también un intento de indagación en la realidad del mundo, en su esencia, y de su primera causa [...]: la vida es monstruosa porque es inexplicable [...] De esta doble consideración [...] nacen todos los matices y contradicciones que el lector podrá encontrar en las distintas posiciones respecto de la causa primera.



Dámaso Alonso

Hijos de la ira

ePub r1.0

Titivillus 17.01.16

Dámaso Alonso, 1946

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



A EMILIO GARCIA GOMEZ

Por su amistad

Gracias.

... et eramus natura filii irae sicut et ceteri...

Ephes, II, 3

Insomnio

Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas).

Cada noche en la noche yo me revuelvo y me incorporo en este nicho en el que hace 45 años que me pudro, o largas horas oyendo gemir al huracán, o ladrar los perros, o fluir blandamente la luz de la luna.

O largas horas gimiendo como el huracán, ladrando como un perro enfurecido, fluyendo como la leche de la ubre caliente de una gran vaca amarilla.

O largas horas preguntándole a Dios, preguntándole por qué se pudre lentamente mi alma,

¿qué se pudren más de un millón de cadáveres en esta ciudad de Madrid,

¿qué mil millones de cadáveres se pudren lentamente en el mundo.

¿, ¿qué huerto quieres abonar con nuestra
podredumbre?

es que se te sequen los grandes rosales del día,
¿estas azucenas letales de tus noches?

La injusticia

¿qué sima te yergues, sombra negra?

¿buscas?

Los otros,

los lagartos verdes, se asoman a los valles

se hunden entre nieblas en la infancia del mundo.

Estean, abiertos, los rebaños,

tras la luz palpita, siempre recién creada,

tras se comba el tiempo, rubio mastín que duerme a
las puertas de Dios.

tú vienes, mancha lóbrega,

de las cavernas, galopante en el cierzo, tras tus
corvas pupilas, proyectadas

los dos meteoros crecientes de lo oscuro,

llegando en las rojas melenas del ocaso,

lando las cumbres

abellos de sierpes, látigos de granizo.

as,

dad devorante de siglos y de mundos,

o una inmensa tumba,

ijada por furias que ahíncan sus testuces,

s chivos erectos, sin oídos, sin ojos,

a terneza ignoran.

el abismo llegas,

o sol de negruras, llegas siempre,

turbia, sin fin, sin fin manante,

aria del amor, cuando él nacida

día primero.

mpañas con tu mano

meda noche los cristales tibios

e al azul se asoma la niñez transparente, cuando
apenas
erna la dicha, se estrenaba la luz,
res en la nítida mirada
imera llama verde
s turbios pantanos.
nontonas el odio en la charca inverniza
orazón del viejo,
zas el espanto
triste jauría abandonada
adra furibunda en el hondón del bosque.
n los hombres, desgajados pinos,
quedal en llamas, por la barranca abajo,
ando en las quiebras,
teas de sombra, ya lívidas, ya ocres,

blasfemias que al infierno caen.

oy llegas hasta mí.

entido la espina de tus podridos cardos,

ho de ponzoña de tu lengua

irón de tus alas que arremolina el aire.

ma era un aullido

carne mortal se helaba hasta los tuétanos.

e, hiere, sembradora del odio:

de saltar el odio, como llama de azufre, de mi
herida.

e aquí:

ombre, como un dios,

ombre, dulce niebla, centro cálido,

ero bullir de un metal misterioso que irradia la
ternura.

ás herir la carne

¡retorcer el alma como un lienzo:

vagarás la brasa del gran amor que fulge

o del corazón,

a maldita.

ás herir la carne.

orderás mi corazón,

e del odio.

a en mi corazón,

del mundo.

El día de los difuntos

¡No sois profundidad de horror y sueño,
tos diáfanos, muertos nítidos,
tos inmortales,
alizadas permanencias
la gloriosa materia diamantina!
deas fidelísimas
stra identidad, vosotros, únicos seres
ienes cada instante
una roja dentellada de tiburón,
aidor zarpazo de tigre!
yo no soy,
o seré
que sea

o vosotros, muertos!

me muero, me muero a cada instante,

muerto de mí mismo,

muerto de mí mismo,

muerto de mí mismo,

cada vez más perdido, más lejano, más ausente.

Este horrible viaje, qué pesadilla sin retorno!

En cada instante mi vida cruza un río,

un río leve, inmenso río que se vierte

desnuda eternidad.

Yo mismo de mí mismo soy barquero,

en cada instante mi barquero es otro.

Yo no le conozco, no sé quién es aquel niño!

¿Por qué siquiera si es un niño o una tenue llama de alcohol

que la que el sol y el viento baten.

veo lejano, tan lejano, perdido en el bosque,
raramente perseguido por los chacales más carniceros
· la loba de ojos saltones y pies sigilosos que lo ha
de devorar por fin
tenido con las lagartijas, con las mariposas,
ejano,
amiento por él una ternura paternal,
alta por él mi corazón, de pronto,
o ahora cuando alguno de mis sobrinitos se inclina
sobre el estanque de mi jardín,
ue sé que en el fondo, entre los peces de colores,
la muerte.

¿llaman? Alguien con una voz dulcísima me llama.
¿No ha pronunciado alguien mi nombre?

Es a ti, no es a ti. Es a aquel niño.

(De llamada que sonó, y ha muerto!)

¿quién es aquel cruel, aquel monstruoso muchacho,
do de través en el umbral de las tabernas,
tico en las madrugadas por las callejas de las
prostitutas,
ncólico como una hiena triste,
nte argumentista contra ti, mi gran Dios verdadero,
a ti, que estabas haciendo subir en él la vida
sa dulce, enardecida ceguedad
ue haces subir en la primavera la savia en los más
tiernos arbolitos.

quitadme, alejadme esa pesadilla grotesca, esa
broma soturna!

ejadme ese tristísimo pedagogo, más o menos
ilustre,

idículo y enlevitado señor,

lo sobre una tarima en la mañana de primavera,

os dedos manchados de la más bella tiza,
monstruo, ese jayán pardo,
rico estrujador de cerebros juveniles,
cado a atornillar purulentos fonemas
s augustas frentes imperforables
lolescentes poetas, posados ante él, como estorninos
en los alambres del telégrafo,
las mejillas en flor
ilces muchachitas con fragancia de narciso,
nubes rosadas
eyeran a Pérez y Pérez.
on fantasmas. Fantasmas: polvo y aire.
onozco a ese niño, ni a ese joven chacal, ni a ese
triste pedagogo amarillento.
os conozco. No sé quiénes son.
ora,

45 años,
do este cuerpo y ame empieza a pesar
o un saco de hierba seca,
quí que de pronto
e levantado del montón de las putrefacciones,
ue la mano de Dios me tocó,
ue me ha dicho que cantara:
so canto.
, mañana, tal vez, esta noche
ndo, cuándo, Dios mío?)
e volver a ser como era antes,
seca, lata vacía, estéril excremento,
ria inerte, piedra rodada del atajo.
no veo a lo lejos de qué avenidas yertas,
qué puentes perdidos entre la niebla rojiza,

na un pobre viejo, un triste saco de hierba que ya
empieza a pudrirse,

niendo sobre sus hombros agobiados

z pálida de los más turbios atardeceres,

z ceniza de sus recuerdos como harapos en
fermentación,

ante, azotado por la ventisca,

el alma transida, triste, alborotada y húmeda como
una bufanda gris que se lleva el viento.

do pienso estas cosas,

do contemplo mi triste miseria de larva que aún vive,

uelvo a vosotros, criaturas perfectas, seres ungidos

se aceite suave,

or empalagosamente dulce, que es la muerte.

a, en la tarde de este sedoso día

ie noviembre incendia mi jardín,

la calma, entre la seda lenta
amarilla luz filtrada,
medida
cuidado sol,
el follaje amarillo
yema hasta las glorias
amarillo elemental primero
cuando aún era un perfume la tristeza),
que el aire
la piscina de amarilla tersura,
da sólo por la caída de alguna rara hoja
en lentas espirales amarillas
estamento
y también el tibio seno
tierra, donde se ha de pudrir,

a, medito a solas con la amarilla luz,
sente, miro tanto y tanto huerto
e piadosamente os han sembrado
esperanza de cosecha inmortal.
la enlutada fila, la fila interminable
orientes, de amigos,
eva flores, os enciende candelitas.
por fin recuerdan que un día súbitamente el viento
ó enfurecido las ventanas de su casa,
veces, a altas horas en el camino
n entre los árboles ojos fosforescentes,
acen en sórdidas alcobas
s ciclones, de cinco brazos y con pezuñas de camella,
ay un ocre terror en la médula de sus almas,
el lado de sus vidas hay abiertos unos inmensos

pozos, unos alucinantes vacíos,

¡vienen hoy a evocaros, a aplacaros.

por fin, por fin se han acordado de vosotros!

¡querrían haceros hoy vivir, haceros revivir en el
recuerdo,

os participar de su charla, gozar de su merienda y
combatir su bota.

sí, y a veces cuelgan

monumento de una «fealdad casi lúbrica»,

marillenta foto de un señor,

de lacio, pantalones desplanchados, gran cadena
colgante sobre el hinchado abdomen).

¡querrían ayudaros, salvaros,

vertir en vida, en cambio, en flujo, vuestra helada
mudez.

¡pero vosotros no podéis vivir, vosotros no vivís:
vosotros sois.

que Dios, que no vive, que es: igual que Dios.

allí donde hay muerte puede existir la vida,

muertos inmortales.

nunca os pensaré, hermanos, padre, amigos, con
nuestra carne humana, en nuestra diaria servidumbre,

luto o en afición semejantes

de vuestros tristes días de crisálidas.

Yo os pienso luces bellas, luceros,

constelaciones

en el cielo inmenso donde cada minuto,

innumerables lucernas se iluminan.

Bellas luces,

de vuestra serena irradiación

de los tristes que vivimos.

de vuestra gloriosa luz, oh ilustre permanencia.

violables mares sin tornado,

area, sin dulce evaporación,

o de otro universal océano de la calma.

virginales notas únicas, indefinidamente prolongadas,
sin variación, sin aire, sin eco.

leas purísimas dentro de la mente invariable de
Dios.

osotros somos un horror de salas interiores en
cavernas sin fin,

gonía de enterrados que se despiertan a la media
noche,

ir subterráneo, una pesadilla de agua negra por entre
minas de carbón,

ste agua, surcada por la más tórpidas lampreas,

ros somos un vaho de muerte,

gubre concierto de lejanísimos cárabos, de agoreras
zumayas, de los más secretos autillos.

otros somos como horrendas ciudades que hubieran
siempre vivido en black-out,
pre desgarradas por los aullidos súbitos de las
sirenas fatídicas.

otros somos una masa fungácea y tentacular, que
avanza en la tiniebla a horrendos tentones,
truosas, tristes, enlutadas amebas.

norma, oh cielo, oh rigor,
plendor fijo!

te, pues, la jubilosa llama, canten el pífano y la tuba
ras epifanías cándidas,

ncias que alentáis mi esfuerzo amargo!

ten, sí, canten,

ra gloria se ser!

Quede a nosotros

o vivir, terror nocturno,

stia de las horas.

ten, canten la trompa y el timbal!

tros sois los despiertos, los diáfanos,

jos.

tros somos un turbión de arena,

tros somos médanos en la playa,

racen rodar los vientos y las olas,

tros, sí, los que estamos cansados,

tros, sí, los que tenemos sueño.

Voz de árbol

me quiere tu mano?

deseas de mí, dime, árbol mío?

¿me impulsaba la brisa: pero el gesto

de miyo, era tuyo.

¿o el niño, cuajado de ternura

que brota en la entraña y que no sabe

de pasar, lentamente, tristemente,

acariciaste la mano por el rostro,

acarició tu rama.

¿cuánta suavidad había

en tu roce! ¡Cuán tersa

era de ser tu voz! ¿qué me preguntas?

¿qué me quieres, árbol, árbol mío?

roca piedra estéril,
entrada en su luto
métrica mudez o grito inmóvil—
esa duramente,
a decir su duelo
rza de silencio atesorado.
ombre
agorero croar, oh aullido inútil—
z en viento: sólo voz en aire.
a el viento y la mar oirán sus quejas.
unca el cielo entenderá su grito;
a, nunca, los hombres.
: el hombre y la roca,
qué melancolía
s comunicarme tu tristeza,

, tú, triste y bueno, tú el más hondo,
is oscuro de los seres! ¡Torpe
ensación soturna
nebrosos jugos minerales,
ria en suave hervor lento, cerrada
luntad de ser, donde lo inerte
rdua afinidad de fuerzas sube
al frenesí! ¡Tú genio, furia,
esión de la tierra dolorida,
e eriges, agudo, contra el cielo,
in ay, como llama,
o un clamor! Al fin monstruo con brazos
s y cabellera:
uave, triste, dulce monstruo verde,
erdemente pensativo,

ondura de tiempo,

ilencio de Dios!

é qué altas señales

as, de un amor triste y difuso,

¡ gran amor de nieblas y luceros,

querría tu ramita verde

con el viento, ahora

está rozando el rostro.

¡oro tu mensaje

ando. La he cogido, la he besado.

algo beso)

¡Más no sé qué quieres

me!

Preparativos de viaje

n quedando estupefactos,
do sin avidez, estúpidamente, más allá, cada vez
más allá,
t la otra ladera.
s
an la cabeza a un lado y otro lado,
pobre cabeza, aún no vencida,
gesto de dominio,
o si no quisieran perder la última página de un libro
de aventuras,
con gesto de desprecio
si quisieran

er con despectiva indiferencia las espaldas

. cosa apenas si entrevista,

que no va con ellos.

algunos

igitan con angustia los brazos por fuera del embozo,

si en torno a sus sienes espantaran tozudos

moscardones azules

il si bracearan en un agua densa, poblada de

invisibles medusas.

s maldicen a Dios,

ben al Dios que los hizo

cuerdas heridas de sus chillidos acres

iesan como una pesadilla las salas insomnes del

hospital,

1 oscilar como viento sutil

las de las tocas

tan el torpe vaho del cloroformo.

nos llaman con débil voz

madres

obres madres, las dulces madres

cuyas costillas hace ya muchos años que se pudren
las tablas del ataúd.

muy frecuente

el moribundo hable de viajes largos,

vajes por transparentes mares azules, por
archipiélagos remotos,

se quiera arrojar del lecho

que va a partir el tren, porque ya zarpa el barco.

entonces se les hiela el alma

ellos que rodean al enfermo. Porque comprenden).

y algunos, felices,

pasan de un sueño rosado, de un sueño dulce, tibio y

dulce,

ño largo y frío.

ra ese engañoso sueño,

do la madre, el hijo, la hermana

alido con enorme emoción, sonriendo, temblando,
llorando,

alido de puntillas,

decir: «¡Duerme tranquilo, parece que duerme muy
bien!».

, no: no era eso.

h sí; las madres lo saben muy bien: cada niño se
duerme de una manera distinta...

todos, todos se quedan

os ojos abiertos.

abiertos, desmesurados en el espanto último,

en guiño, como una sotrana broma, como una mueca

ante un panorama grotesco,
casi cerrados, que miran por fisura, por un trocito de
arco, por el segmento inferior de las pupilas.
ay mirada más triste.
o hay mirada más profunda ni más triste.
muertos, muertos, ¿qué habéis visto
esquinada cruel, en el terrible momento del tránsito?
¿qué habéis visto en ese instante del encontronazo
con el camión gris de la muerte?
é si cielos lejanísimos de desvaídas estrellas, de
lentos cometas solitarios hacia la torpe nebulosa
inicial,
: si un infinito de nieves, donde hay un rastro de
sangre, una huella de sangre inacabable,
el frenético color de una inmensa orquesta convulsa
cuando se descuajan los orbes,
acaso la gran violeta que esparció por el mundo la

tristeza como un largo perfume de enero,
o sé si habéis visto los ojos profundos, la faz
impenetrable.

Dios mío, Dios mío, ¿qué han visto un instante esos
ojos que se quedaron abiertos?

Cosa

Rompes... el ondear del aire

J. R. Jiménez

erca niña!

ces que no al viento,

niebla y al agua:

el viento,

s la niebla,

les el agua.

egas a la luz profundamente:

chazas,

ñida de ti: verde, amarilla

ncida ya—, gris, roja, plata.

as de la noche,

lua

e de horror de tus entrañas sordas.

do la mano intenta poseerte,

e la piel tus límites:

iralla, la cava

enemiga fe, siempre en alerta.

bre te puse, te marcó mi hierro:

z», «brida», «cenefa», «pluma»...

tu sombra lo que aprisionaba).

terior sentido

oqué contra ti.

Y, oh burladora,

hiciste en forma y en color,

so o en fragancia.

ca tú: tú, caudal, tú, inaprensible!

niña terca,
voluntad del ser, presencia hostil,
es frío a nuestro amor!

¡Ay, turbia

zuela de sombra,
palpitas ahora entre mis dedos,
epites ahora entre mis dedos
ra negativa de alimaña!

El último Caín

asesinaste a tu postrer hermano:

tás solo.

acios: plaza, plaza al hombre!

la comba de plomo de la noche, oprimido

a unánime acusación de los astros que mudamente
gimen,

nde dirigirás tu planta?

s desiertos campos

poblados de fantasmas duros, cuerpo en el aire,
negro en el aire negro,

to de las sombras,

e otras sombras apiladas.

aprietas el pecho jadeante

a un muro de muertos, en pie sobre sus tumbas,

o si aún empujaras el carro de tu odio
o és de un mercado sin fin,
o vender la sangre del hermano,
o quella mañana de sol, que contra tu amarilla palidez
se obstinaba,
o pujaba contra ti, leal al amor, leal a la vida,
o la savia enorme de la primavera es leal a la
enconada púa del cardo, que la ignora,
o el anhelo de la marea de agosto es leal al más cruel
niño que enfurece en su juego la playa.
o í, hendías, palpabas, ¡júbilo, júbilo!
o a sangre, eran los tallos duros de la sangre.
o el avaro besa, palpa el acervo de sus rojas
monedas,
o ías las manos en esa tibieza densísima (hecha de
nuestro sueño, de nuestro amor que incesante
susurra)

impregnar tu vida sin amor y sin sueño;
belfos mojabas en el charco humeante
si sorber quisieras el misterio caliente del mundo.
ahora, mira, son sombras lo que empujas, ¿no has
visto que son sombras?
as quizá doblado como por un camino de sirga,
tirando de una torpe barcaza de granito,
e enreda una vez y otra vez en todos los troncos
ribereños,
ra que se curva al huracán,
il arco donde
in de silbar ni el grito ni la flecha,
en furia que encorva la espalda al rempujón y ahínca
s peñas el pie,
núsculos crujientes,
en de crispada anatomía?

oras son, hielo y sombras que te atan:

ido estás de sombras gélidas.

ién los espacios odian, también los espacios son
duros,

ién Dios odia.

cios, plaza, ¡por piedad al hombre!

ienes la delicia de los nos, tibias aún de paso están
las sendas.

enderos, esa tierna costumbre donde aún late el
amor de los días

ta, secreta como el recóndito corazón de una fruta,

ito mastín blanco de la fidelísima amistad,

fago de signos con que expresamos la absorta
desazón de nuestra íntima ternura),

s sendas amantes que no olvidan,

lan aún la huella delicada, la tierna forma del pie
humano,

n final, sin destino en la tierra,
lo tiempo en extensión, sin ansia,
o de Dios, que hacer de Dios,
e los hombres.

nde huirás, Caín, postrer Caín?

s contra las sombras, huyendo de las sombras,

s

quisieras huir de tu recuerdo,

¿cómo asesinar al recuerdo

la bestia que ulula a un tiempo mismo

e toda la redondez del horizonte,

uella nebulosa, si aquel astro ya oscuro,

ecordando están,

máximo universo, de un alto amor en vela

ién recuerdo es sólo,

os es sólo eterna presencia del recuerdo?

la luna recuerda

que extiende como el ala tórpida

murciélago blanco

gida mano de lechosa lluvia.

rcidos lingotes de descarnada plata,

uesos de tus víctimas

a sola cosecha de este campo tristísimo.

guían, sí, se alzaban, pujando como torres, como
oraciones hacia Dios,

idos por la niebla rosada y temblorosa de la carne,

ciados por el terco fluido maternal que sin rumor los
lamía en un sueño:

achas, como navíos tímidos en la boca del puerto
sesgando, hacia el amor sesgando;

is como bellos meteoros, que encrespaban el aire,

exactísimos muelles hacia la gloria vertical de las
pértigas,

res que se inclinan, o sedas que se pliegan sin
crujido en el descenso elástico;

os, duros niños, trepantes, aferrados por las rocas,
afincando la vida, incrustados en vida, como pepitas
áureas.

los hombres se alzaban, se erguían los bellos
báculos de Dios,

orecidos báculos del viejísimo Dios!

a más, nunca más,

a más.

, tu, ¿por qué tiembles?

uesos no se yerguen: calladamente acusan.

hí las ruinas.

hí la historia del hombre (sí, tu historia)

mpada como la maldición de Dios sobre la piedra.

as ciudades donde llamearon
aurora sin sueño las alarmas,
do la multitud cual otra enloquecida llama súbita,
ía el caz de la avenida insuficiente,
aba bramando contra los palacios desiertos
ando como un negruzco topo en agonía su lóbrego
camino.

en los patinejos destrozados,
la rota piedad de las bóvedas,
las fieras aullarán el terror del crepúsculo.

nas tiernas casas aún esperan
umbral las voces, la sonrisa creciente
orador que vuelve fatigado
ullicio del día,
uegos infantiles

ombra materna de la acacia,

esos del amante enfurecido

profunda alcoba.

a más, nunca más.

pasas y vuelves la cabeza.

vuelves la cabeza como si la volviesses

a el ala de Dios.

yes buscando

abalí la trocha inextricable,

rco de la hiena asombradiza;

s por las barrancas, por las húmedas

rnas que en sus últimos salones

s lagos asordan, donde el monstruo sin ojos

la voluntad se sueña, mientras blando se amolda a la

hendidura

òfo palpitar de sus membranas
de el tiempo negro.

i, Caín, el sordo horror te apalpa,
res de nuevo, huyes.

s cruzando súbitas tormentas de primavera,
ese vaho que enciende con un torpor de fuego la
sombría conciencia de la alimaña,

ese zumo creciente de las tiernísimas células
vegetales,

úmida avidez que en tanto brote estalla, en tanta
delicada superficie se adulza,

siempre brama «amor» cual un suspiro oscuro.

s maldiciendo las abrazantes lianas que te traban
como mujeres enardecidas,

do la felicidad candorosa de la pareja de
chimpancés que acuna su cría bajo el inmenso cielo
del baobab,

pcial vuelo doble de las moscas, torpísimas gabarras
en delicia por el aire inflamado de junio.

s odiando las fieras y los pájaros, las hierbas y los
árboles,

ta las mismas rocas calcinadas,

rdote lo mismo que a Dios,

ndo a Dios.

la vida es más fuerte que tú,

el amor es más fuerte que tú,

Dios es más fuerte que tú.

iba, en astros sacudidos por huracanes de fuego,

tinguidos astros que, aún calientes, palpitan

, fríos, solejan a otras lumbreras jóvenes,

ndo está la eterna pasión trémula.

is arriba, Dios.

lete, pues, con tu torva historia de crímenes,

pítale contra los vengadores fantasmas,
anécese, fantasma entre fantasmas,
a sombra las entre sombras,
aldición de Dios,
er Caín,
mbre.

Yo

ortento inmediato,
enéctica pasión de cada día,
or, mi ángel de cada instante,
omo el pan caliente con olor de tu hornada,
umergido en las aguas de Dios,
los aires azules del día original del mundo:
, dulce amor mío,
, presencia incógnita,
íos de misteriosa compañía,
no son suficientes
entregarte, para desvelarte
migo, a tu hermano,
riste doble?

no! Dime, alacrán, necrófago,
ver que se me está pudriendo encima
e hace 45 años,
el crepuscular,
la hidra de 800 000 cabezas,
qué siempre me muestras sólo una cara?
pre a cada segundo una cara distinta,
ojos crueles,
ojos de un desconocido,
que me miran sin comprender
(ese odio del desconocido)
an:
la segundo.
tus cabezas hediondas, tus cabezas crueles,
dra violácea.

45 años que te odio,
que te escupo, que te maldigo,
no sé a quién maldigo,
a quién odio, a quién escupo.

que
que amor mío incógnito,

hoy hace ya

que amo.

Mujer con alcuza

A Leopoldo Panero

nde va esa mujer,
trándose por la acera,
i que ya es casi de noche,
a alcuza en la mano?
caos: no nos ve.
o sé qué es más gris
acero frío de sus ojos,
gris desvaído de ese chal
el que se envuelve el cuello y la cabeza
el paisaje desolado de su alma.
espacio, arrastrando los pies
astando suela, desgastando losa,

llevada

in terror

ro,

na voluntad de esquivar algo horrible.

stamos equivocados.

mujer no avanza por la acera

ta ciudad,

mujer va por un campo yerto,

zanjas abiertas, zanjias antiguas, zanjias recientes

tes caballones,

mana dimensión, de tierra removida

erra

ra no cabe en el hoyo de donde se sacó,

abismales pozos sombríos,

oias simas súbitas

s de barro y agua fangosa y sudarios harapientos del
color de la desesperanza.

¡, la conozco.

mujer yo la conozco: ha venido en un tren

un tren muy largo

viajado durante muchos días y durante muchas noches:

algunas veces nevaba y hacía mucho frío,

algunas veces lucía el sol y remejía el viento

los rostros juveniles

los campos en donde incesantemente estallan extrañas
flores encendidas.

ella ha viajado y ha viajado,

conociéndola por el ruido de la conversación,

por el traqueteo de las ruedas

por el humo, por el olor a nicotina rancia.

es y días,

y noches,

es y días,

y noches,

chos, muchos días,

chas, muchas noches.

el horrible tren ha ido parando

ntas estaciones diferentes,

lla no sabe con exactitud ni cómo se llamaban,

s sitios,

s épocas.

orda sólo

en todas hacía frío,

en todas estaba oscuro,

al partir, al arrancar el tren

comprendido siempre

bestial es el topetazo de la injusticia absoluta,

entido siempre

tristeza que era como un ciempiés monstruoso que le colgara de la mejilla,

si con el arrancar del tren le arrancaran el alma,

si con el arrancar del tren le arrancaran innumerables margaritas, blancas cual su alegría infantil en la fiesta del pueblo

si le arrancaran los días azules, el gozo de amar a Dios y esa voluntad de minutos en sucesión que llamamos vivir.

las lúgubres estaciones se alejaban,

se asomaba frenética a las ventanillas,

do y retorciéndose,

ver alejarse en la infinita llanura

una solitaria estación

gar

ado en las tres dimensiones del gran espacio
cósmico

na cruz

las estrellas.

r fin se ha dormido,

l dormitado en la sombra,

lada por un fondo de lejanas conversaciones

gritos ahogados y empañadas risas,

o de gentes que hablaran a través de mantas bien
espesas,

rasgadas de improviso

loros de niños que se despiertan mojados a la media
noche,

· cortantes chillidos de mozas a las que en los túneles
les pellizcan las nalgas,
in mareada por el humo del tabaco.
viajado noches y días,
uchos días
chas noches.
pre parando en estaciones diferentes,
pre con un ansia turbia, de bajar ella también, de
quedarse ella también,

siempre partir de nuevo con el alma desgarrada
siempre dormirar de nuevo en trayectos inacabables.
o ha sabido cómo.
eño era cada vez más profundo,
cesando,
habían cesado por fin los ruidos a su alrededor:

alguna vez una risa como un puñal que brilla un
instante en las sombras,

¡ chillido como un limón agrio que pone amarilla un
momento la noche.

¡go nada.

la velocidad,

el traqueteo de maderas y hierro

en,

el ruido del tren.

La mujer se ha despertado en la noche,

¡aba sola,

mirado a su alrededor,

¡aba sola

comenzado a correr por los pasillos del tren,

¡ vagón a otro,

¡aba sola,

buscado al revisor, a los mozos del tren,
ún empleado,
ún mendigo que viajara oculto bajo un asiento,
aba sola
gritado en la oscuridad,
aba sola,
preguntado en la oscuridad,
aba sola,
preguntado
i conducía,
i movía aquel horrible tren.
le ha contestado nadie,
ue estaba sola,
ue estaba sola.
seguido días y días,

frenética,
enorme tren vacío,
e no va nadie,
no conduce nadie.
Esa es la terrible,
estúpida fuerza sin pupilas,
que sólo hace que esa mujer
avance y avance por la acera,
rasando la suela de sus viejos zapatones,
rasando las losas,
zanjas abiertas a un lado y otro,
caballones de tierra,
cientos de metros de longitud,
de ese tamaño preciso
que destruye nuestra ternura de cuerpos humanos.

por eso esa mujer avanza (en la mano, como el
atributo de una semidiosa, su alcuza),
ando con amor el aire, abriéndolo con delicadeza
exquisita,
o si caminara surcando un mar de cruces, o un bosque
de cruces, o una nebulosa de cruces,
arcanas cruces,
uces lejanas.

te crepúsculo que cada vez se ensombrece más
clina
irvada como un signo de interrogación
a espina dorsal arqueada
e el suelo.

que se asoma por el marco de su propio cuerpo de
madera

o si se asomara por la ventanilla
el tren,
¿se alejarse la estación anónima
¿se debía haber quedado?
¿que le pesan, es que le cuelgan del cerebro
recuerdos de tierra en putrefacción,
¿se tensan tirantes cables invisibles
de sus tumbas diseminadas?
¿que como esos almendros
en el verano estuvieron cargados de demasiada fruta
¿perva aún en el invierno el tierno vicio
¿la aún el dulce álabe
cargazón y de la compañía,
¿s; tristes ramas desnudas, donde ya ni se posan los
pájaros?

Elegía a un moscardón azul

Sí, yo te asesiné estúpidamente. Me molestaba tu zumbido mientras escribía un hermoso, un dulce soneto de amor. Y era un consonante en -úcar, para rimar con azúcar, lo que me faltaba. *Mais, qui dira les torts de la rime?*

o sentí congoja

acerqué hasta ti: eras muy bello.

des ojos oblicuos

ronan la frente,

o un turbante de oriental monarca.

inmensos, bellos ojos pardos,

onde entró la lanza del deseo,

llir, los meneos de la hembra,

an proximidad abrasadora,

la luz del mundo.

grandes son tus ojos, que tu alma

quizará como un enorme incendio,

una lumbrarada de colores,

o un fanal de faro. Así, en la siesta,

o miradero de cristales,

no y desnudo, sobre el mar,

í casa de niño.

do yo te maté,

oas hacia fuera,

jardín. Este diciembre claro

mpuja los colores y la luz,

o bloques de mármol, brutalmente,

si el cristal del aire se me hundiera,

ándome el alma sus aristas.

que viste desde mi ventana,
s el mundo.
pre se agolpa igual: luces y formas,
, arbusto, flor, colina, cielo
nubes o sin nubes,
rojos, ya grises, los tejados
ombre. Nada más: siempre es lo mismo.
tierno pujar de jugos hondos,
a granazón, una abundancia,
evanta el amor y Dios ordena
dulces y en haces,
ilce hervir no más.

Oh sí, me alegro

ie fuera lo último
rieras tú, la imagen de color

ordamente bullirá en tu nada.

paisaje, esas

, esas moreras ya desnudas,

imido almendro que aún ofrece

ernas hojas vivas al invierno,

erde cerrillo

en lenta curva corta mi ventana,

ciudad al fondo,

i también una presencia oscura

i nada, en mi noche.

sobre ser, igual, igual tú y yo!

noble cabeza

hora un hilo blancuzco

as une al tronco,

orme trompa

quedado extendida.
zumos o qué azúcares
ntuosamente
abas, qué aroma tentador
aba dando
tirones sordos
racen que el caminante siga y siga
a pesar del frío del crepúsculo,
pesar del sueño),
dulces clamores,
ecesidad de ser futuros
lamamos la vida,
quel mismo instante
e súbitamente el mundo se te hundió
o un gran trasatlántico

leno de delicias y colores
a contra los hielos y se esfuma
sombra, en la nada?
e quizá por último
res rosas postreras?

Un zarpazo

l, una terrible llama roja,
i que en un relámpago violeta
ndensaba. Y frío. ¡Frío!: un hielo
o al fin del otoño
do la nube del granizo
rusco alón de sombra nos emplomiza el aire.
iste ya. Y cesaron
elicados vientos
hebrar los estigmas de tu elegante abdomen

o una góndola,
o una guzla del azul más puro)
orazón elemental cesó
tir. De costado
e. Dos, tres veces
stinado artejo
ló en el aire, cual si condensara
fras los latidos
undo, su mensaje

ste cosa: un muerto.

ya cosa, sólo ya materia
rica, que en un torrente oscuro
erá al mundo mineral. ¡Oh Dios,
isterioso Dios,

empezar de nuevo por enésima vez

orme rueda!

bas en mi casa,

bas mi jardín, eras muy bello.

maté.

si pudiera ahora

otra vez la vida,

te te di la muerte!

Monstruos

Los días rezo esta oración
levantarme:
Dios,
de atormentes más.
¿qué significan
los espantos que me rodean.
Cuando estoy de monstruos
constantemente me preguntan
¿, igual que yo les interrogo a ellos.
Tal vez te preguntan,
¿cómo que yo en vano perturbo
el silencio de tu invariable noche
con mi desgarradora interrogación.

la penumbra de las estrellas
o la terrible tiniebla de la luz solar,
cechan ojos enemigos,
las grotescas me vigilan,
los hirientes lazos me están tendiendo:
monstruos,
el cercado de monstruos!
me devoran.
Quieren mi reposo anhelado,
quieren ser una angustia que se desarrolla a sí misma,
quieren hombre,
quieren un monstruo entre monstruos.
Ninguno tan horrible
como este Dámaso frenético,
como este amarillo ciempiés que hacia ti clama con todos

sus tentáculos enloquecidos,
esta bestia inmediata
fundida en una angustia fluyente,
ninguno tan monstruoso
esta alimaña que brama hacia ti,
esta desgarrada incógnita
ahora te increpa con gemidos articulados,
ahora te dice:
Dios,
e atormentes más,
qué significan
monstruos que me rodean
e espanto íntimo que hacia ti gime en la noche».

La madre

ne digas

estás llena de arrugas, que estás llena de sueño,

te han caído los dientes,

ya no puedes con tus pobres remos hinchados,
deformados por el veneno del reuma.

no importa, madre, no importa.

eres siempre joven,

una niña,

de once años.

¡sí, tú eres para mí eso: una candorosa niña.

¡dices que es verdad si te sumerges en esas lentas aguas,
en esas aguas poderosas,

que te han traído a esta ribera desolada.

¡luchate, nada a contracorriente, cierra los ojos,

ndo llegues, espera allí a tu hijo.

ue yo también voy a sumergirme en mi niñez antigua,
las aguas que tengo que remontar hasta casi la
fuente,

nucho más poderosas, son aguas turbias, como
teñidas de sangre.

as, desde tu sueño, cómo rugen,

o quieren llevarse al pobre nadador.

re del nadador que somorguja y bucea en ese mar
salobre de la memoria!

a ves: ya hemos llegado.

es una maravilla que los dos hayamos arribado a esta
prodigiosa ribera de nuestra infancia?

sí es como a veces fondean un mismo día en el puerto
de Singapoor dos naves,

ma viene de Nueva Zelanda, la otra de Brest.

emos llegado los dos, ahora, juntos.

a es la única realidad, la única maravillosa realidad:

ú eres una niña y que yo soy un niño.

¿es, madre?

e te olvide nunca que todo lo demás es mentira, que esto solo es verdad, la única verdad.

ad, tu trenza muy apretada, como la de esas niñas acabaditas de peinar ahora,

nza, en la que se marcan tan bien los brillantes lóbulos del trenzado,

nza, en cuyo extremo pende, inverosímil, un pequeño lacito rojo;

ad, tus medias azules, anilladas de blanco, y las puntillas de los pantalones que te asoman por debajo de la falda;

ad tu carita alegre, un poco enrojecida, y la tristeza de tus ojos.

¿por qué está siempre la tristeza en el fondo de la

alegría?)

¿ónde vas ahora? ¿Vas camino del colegio?

¿Miña mía, madre,

¿cuño también, un poco mayor, iré a tu lado,

¿y seré de guía,

¿y defenderé galantemente de todas las brutalidades de
mis compañeros,

¿y buscaré flores,

¿y subiré a las tapias para cogerte las moras más negras,
las más llenas de jugo,

¿y buscaré grillos reales, de ésos cuyo cricrí es como un
choque de campanitas de plata.

¿y seré felices los dos, a orillas del río, ahora que va a ser
el verano!

¿y cuando yo estoy así, en este paso van saltando las ranas verdes,

¿y cuando yo estoy así, van saltando al agua las ranas verdes:

mo un hilo continuo de ranas verdes,
uera repulgando la orilla, hilvanando la orilla con el
río.

qué felices los dos juntos, solos en esta mañana!

todavía hay rocío de la noche; llevamos los zapatos
llenos de deslumbrantes gotitas.

s que prefieres que yo sea tu hermanito menor?

o prefieres.

tu hermanito menor, niña mía, hermana mía, madre
mía.

an fácil!

pararemos un momento en medio del camino,

que tú me subas los pantalones,

a que me suenes las narices, que me hace mucha falta

que estoy llorando; sí, porque ahora estoy llorando).

No debo llorar, porque estamos en el bosque.

¿a conoces las delicias del bosque (las conoces por los cuentos,

¿ue tú nunca has debido estar en un bosque,

· lo menos no has estado nunca en esta deliciosa soledad, con tu hermanito).

, esa llama rubia que velocísimamente repiquetea las ramas de los pinos,

llama que como un rayo se deja caer al suelo, y que ahora de un bote salta a mi hombro,

· fuego, no es llama, es una ardilla.

toques, no toques ese joyel, no toques esos diamantes!

luces de fuego dan, del verde más puro, del tristísimo y virginal amarillo, del blanco creador, del más hiriente blanco!

no lo toques!: es una tela de araña, cuajada de gotas de rocío.

la sensación que ahora tienes de una ausencia invisible, como una bella tristeza, ese acompasado y ligerísimo rumor de pies lejanos, ese vacío, ese presentimiento súbito del bosque,

fuga de los corzos. ¿No has visto nunca corzas en huida?

maravillas del bosque! Ah, son innumerables; nunca te las podría enseñar todas, tendríamos para toda una vida...

para toda una vida. He mirado, de pronto, y he visto tu bello rostro lleno de arrugas,

por de tus queridas manos deformadas,

cansados ojos llenos de lágrimas que tiemblan.

Te mía, no llores: víveme siempre en sueño.

¡Víveme siempre ausente de tus años, del sucio mundo hostil, de mi egoísmo de hombre, de mis palabras duras.

¡Víveme ligeramente en ese bosque prodigioso de tu

inocencia,

e bosque que crearon al par tu inocencia y mi llanto.

oye allí siempre cómo te silba las tonadas nuevas tu hijo, tu hermanito, para arrullarte el sueño.

ngas miedo, madre. Mira, un día ese tu sueño cándido se te hará de repente más profundo y más nítido.

pre en el bosque de la primer mañana, siempre en el bosque nuestro.

ahora ya serán las ardillas, lindas, veloces llamas, llamitas de verdad;

telas de araña, celestes pedrerías;

uida de corzas, la fuga secular de las estrellas a la busca de Dios.

te seguiré arrullando el sueño oscuro, se te seguiré cantando.

irás la oculta música, la música que rige el universo.

á en tu sueño, madre, tú creerás que es tu hijo quien
la envía. Tal vez sea verdad: que un corazón es lo
que mueve el mundo.

re, no temas. Dulcemente arrullada, dormirás en el
bosque el más profundo sueño.

rame en tu sueño. Espera allí a tu hijo, madre mía.

La pizca

a que lloras a mi lado, dime:

dios huracán

nueve la entraña?

¿Quién o a qué vacío

dirige tu anhelo,

¿curo corazón?

¿qué gimes, qué husmeas, que avizoras?

¿meas, di, la muerte?

¿las a la muerte,

¿lectada, cual otro can famélico,

¿s de mí, de tu amo?

¿'izca,

¿por es quizá sólo el del hombre

el bieldo enarbolaba,
horror a la fiera
potente que tú.
í, Pizca; tal vez lloras por eso.
io.
de yo siento es
horror inicial de nebulosa;
de espanto al vacío,
do el ser se disuelve, esa amargura
astro que se enfría entre lumbreras
óvenes, con frío sideral,
de frío que termina
primera noche, aún no creada;
verdosa angustia del cometa
antorcha aún, como oprimida antorcha,

iblemente, indefinidamente,

ndo destrucción, ansiando choque.

í, que es más horrible

to caer sin dar en nada,

ada en que chocar. Oh viaje negro,

oza del espanto:

yendo, caer y caer siempre.

ombras que yo veo tras nosotros,

i, Pizca, tras mí,

as que estoy llorando,

s, no tienen nombre:

a tristeza original,

a amargura

era,

el terror oscuro,
espanto en la entraña
de lo que existe
entre dos noches, entre dos simas, entre dos mares),
de mí, de todo.
enen, Pizca, nombre, no; no tienen nombre.

En la sombra

¿me buscas.

¿ces en la noche yo te siento a mi lado,

¿ne acechas,

¿ne quieres palpar,

¿lma se me agita con el terror y el sueño,

¿o una cabritilla, amarrada a una estaca,

¿a sentido la onda sigilosa del tigre

¿allido zarpazo que no incendió la carne,

¿e extinguió en el aire oscuro.

¿me buscas.

¿e oteas, escucho tu jadear caliente,

¿olver de bestia que se hiere en los troncos,

¿o en la sombra

ensa mole blanca, sin ojos, que voltea
que un iceberg que sin rumor se invierte en el agua
salobre.
me buscas.
amente, furiosamente lleno de amor me buscas.
me digas que no. No, no me digas
oy náufrago solo
esos que de súbito han visto las tinieblas
idas por la brasa de luz de un gran navío,
orazón les puja de gozo y de esperanza.
el resuello enorme
, rozó lentísimo, y se alejó en la noche, indiferente y
sordo.
e, di que me buscas.
o miedo de ser náufrago solitario,
o de que me ignores

o al náufrago ignoran los vientos que le baten,
nebulosas últimas, que, sin ver, le contemplan.

La obsesión

siempre tú.
estás,
ardón verde,
andome testarudo,
ndo con zumbido interminable
obstinadas alas, tus poderosas alas velludas,
conando esta conciencia, este trozo de conciencia
empavorecida,
lola a empellones tenaces
e las crestas últimas, ávidas ya de abismo.
na vez te alejas,
alma, súbita, como oprimido muelle que una mano en
el juego un instante relaja,
y se aferra al gozo, a la esperanza trémula,

de Dios, a campo del estío,
os amores próximos que, mudos, en torno de mi
angustia, me interrogan
grandes ojos ignorantes.
ya estás ahí, de nuevo,
o picón, ariete de la pena,
berbiquí mío, carcoma de mi raíz de hombre.
piedras, qué murallas
es batir en mí,
rpe catapulta?
í estás,
lo abejarrón.
ado en el aire,
les como dudosos diedros de penumbra,
de pardo luto,

antes, urgentes, implacables al cerco.

Estado de ti, por el zigzag

avidez te envascas

presa,

acostándome, entrechocándome siempre.

me sirven mis manos ni mis pies,

me afincaban la tierra, que arredraban el aire,

me sirven mis ojos, que aprisionaron la hermosura,

me sirven mis pensamientos, que coronaron mundos a
la caza de Dios.

me estoy aquí, hoy, inválido ante ti,

ante

me criatura, en tiniebla nacida,

me lanza lanzadera

me mueve ese ondulante paño de la angustia,

ne ahoga

me va a extinguir como se apaga el eco

l ser con vida en una tumba negra.

, hiriente, me golpeas una y otra vez,

mo diamantino

ngador venablo, de poderosa lanza.

én te arroja o te blande?

inmensa voluntad de sombra así se obstina

a un solo y pequeño (¡y tierno!) punto vivo de los
espacios cósmicos?

va no más, no más, acaba, acaba,

nador de mi delirio,

ón de esto que queda de mi rescoldo humano,

a, meneas bien los últimos encendidos carbones,

ten las altas llamas purísimas, las altas llamas
cantoras,

amando a los cielos

oria, la victoria final

la razón humana que se extingue.

Dolor

a la madrugada
espertó de un sueño dulce
bito dolor,
tilete
tercer espacio intercostal derecho.
fino,
reciendo y en largos arcos se irradiaba.
ectaba raíces, que, invasoras,
ncaban en la carne,
iabán, crujendo, los tendones,
rabán, sin astillar, los obstinados huesos durísimos,
él surgía todo un cielo de ramas
antes y aéreas,

o un sauce juvenil bajo el viento,
a iluminado, ahora torvo,
a los galgos-nubes galopan sobre el campo
mañana
a veral.

, todo mi cuerpo era como un sauce abrioleño, como
un sutil dibujo,

o un sauce temblón, todo delgada tracería,
s ramas eléctricas,
entrechocaban con descargas breves,

lazándose, disgregándose,
fundirse en nodulos o abrirse
anico.

currucado junto a mi dolor,

igual que un niño de seis años
contemplara absorto
hermano menor, recién nacido,
pronto le viera
ir, crecer, crecer,
irse adulto, crecer
invertirse en un gigante,
ir, pujar, y ser ya cual los montes,
ir, pujar, y ser como la vía láctea,
de fuego,
ir aún, aún,
crecer siempre.

era un niño de seis años
oculto en sombra junto a un gigante cósmico.
como un incendio,

o si mis huesos ardieran,
o si la medula de mis huesos chorreara fundida,
o si mi conciencia se estuviera abrasando,
asándose, aniquilándose,
necesariamente
pusiera su materia combustible.

a, había formas no ardientes,
s y sigilosas,

tos, siglos, eras:
mpo.

o más: el tiempo frío, y junto a él un incendio
universal, inextinguible.

laba, rodaba el frío tiempo, el impiadoso tiempo sin
cesar,

tras ardía con virutas de llamas,

argas serpientes de azufre,
erribles silbidos y crujidos,
pre,
an hoguera.
ni conciencia ardía en frenesí,
en la noche,
ndo un río líquido y metálico
ego,
o los altos hornos
no se apagan nunca,
los para arder, para arder siempre.

El alma era lo mismo que una ranita verde

ma era lo mismo

na ranita verde,

s horas sentada sobre el borde

i rumoroso

sipí.

a el agua, y duda. La desea

ue es el elemento para que fue criada,

teme

amador empuje del caudal,

á en lo oscuro, aún ignorar querría

l inmenso hervor

a puede apartar (ya sin retorno,

(el azar sin nombre)

ribera dulce, de su costumbre antigua.

da y duda y duda la pobre rana verde.

cia el atardecer,

¡uí que, de pronto,

trueno creciente retumba derrumbándose,

urecida salta el agua

e sus lindes,

e y salta

o si todo el valle fuera

ntanar hirviente,

ce y salta

mpientes enormes,

e se desmoronan

s nevadas contra el huracán,

rienden, dilatándose

o gigantes flores que se abrieran al viento,

eros arcángeles de espuma.

de, y salta, espuma, aire, bramido,

tras a entrambos lados rueda o huye,

a sigilosa o tigre elástico

a, en fin, con la comba del avance),

nina de plomo que el ancho valle oprime.

o llevó las casas, si desarraigó los troncos,

si horadó montes,

o pregunta por las ranas verdes...

o, Dios,

o me has arrastrado,

o me has desarraigado,

o me llevas

invencible frenesí,

me arrebataste

tu amor!

adaba.

no dudo:

tu incógnita aventura,

indación, tu océano,

al,

mba indefinida de tu mente,

tu nombre,

Vida del hombre

niño mío, niño mío,
o se abrían tus ojos
a la gran rosa del mundo!

as ya una voluntad.
argabas la manecita
in cristal transparente
no ofrecía resistencia:
e,
ulce cristal
fundido por el sol.
ías coger la rosa.
o sabías

se cristal encendido
cristal, que es un agua verde,
salobre de lágrimas,
alta y honda.

y pronto,
argabas tras la mano
ño, tu hombro ligero,
as de adolescente.
lá se fue el corazón

ora,
o mires,
ires porque verás
stás solo,
el viento y la marea.

o ¡la rosa, la rosa!)

a tarde

s inmensas del mar, olas que ruedan los vientos!)

han de cerrar los ojos contra la rosa lejana,

nismos ojos de niño!

NOTA PRELIMINAR A *LOS INSECTOS*

Protesta usted, indignada, de mi poema *Los Insectos*. Ya la hubiera querido ver a usted en aquella noche de agosto de 1932, en este desierto de Chamartín, en este Chamartín, no de la Rosa, sí del cardo corredor, de la lata vieja y del perro muerto. Altas horas. La ventana abierta, la lámpara encendida, trabajaba yo. Y sobre la lámpara, sobre mi cabeza, sobre la mesa, se precipitaban inmensas bandadas de insectos, unos pegajosos y blandos, otros con breve choque de piedra o de metal: brillantes, duros, pesados coleópteros; minúsculos hemípteros saltarines, y otros que se levantan volando sin ruido, con su dulce olor a chinche; monstruosos, grotescos ortópteros; lepidópteros en miniatura, de esos que Eulalia llama *capitas*; vivaces y remilgados dípteros; tenues, delicadísimos

neurópteros. Todos extraños y maravillosos. Muchos de ellos, adorables criaturas, lindos, lindos, como para verlos uno a uno, y echarse a llorar, con ternura de no sé qué, con nostalgia de no sé qué. Ah, pero era su masa, su abundancia, su incesante fluencia, lo que me tenía inquieto, lo que al cabo de un rato llegó a socavar en mí ese pozo interior y súbito, ese acurrucarse el ser en un rincón, sólo en un rincón de la conciencia: el espanto. He leído terrores semejantes de viajeros por el África ecuatorial. Un reino magnífico y fastuoso, un reino extraño, ajeno al hombre e incomprensible para él, había convocado sus banderas, había precipitado sus legiones en aquella noche abrasada, contra mí. Y cada ser nuevo, cada forma viva y extraña, era una amenaza distinta, una nueva voz del misterio. Signos en la noche, extraños signos contra mí. ¿Mi destrucción?

Y había dos géneros monstruosos que en especial me aterrorizaban. Grandes ejemplares de mantis religiosa venían volando pesadamente (yo no

sabía que este espantoso y feroz animal fuera capaz de vuelo), y caían, proféticos, sobre mí o chocaban contra la lámpara. Cada vez que esto sucedía, corría por mi cuerpo y por mi alma un largo rehilamiento de terror. Junte usted además el espanto de las ensopas. Son éstas unos neurópteros delicadísimos, de un verde, ¿cómo decírselo a usted?, de un verde no terreno, trasestelar, soñado, con un cuerpo minúsculo y largas alas de maravillosa tracería. Como su nombre indica, y usted sabe (puesto que usted ha hecho, como yo, los primeros pinitos de griego) tienen los ojos dorados: dos bolitas diminutas de un oro purísimo. Oh, créame usted, mucho más bellas que lo que llamamos oro. Pero ocurrió que me pasé las manos por la cara y quedé asombrado: yo estaba podrido. No, no era a muerto: no estaba muerto, no. No era la podredumbre que se produce sobre la muerte, sino la que se produce en los seres vivos. Oh, perdone usted, perdóneme usted, mi querida amiga: piense usted en una cloaca

que fuera una boca humana, o en una boca humana que fuera una cloaca. Y ahora intensifique ese olor; multiplique su fría animosidad, su malicia antihumana, su poder de herir o picar en la pituitaria y producir una conmoción, una alarma frenética en no sé qué centro nervioso, atávicamente opuesto a su sentido; concentre usted aún más y piense en la idea pura del olor absoluto. Y entonces tendrá usted algo semejante. ¡Oh Dios mío! ¡Oh gran Dios! Sin duda la fétida miseria de mi alma había terminado de inficionar mi cuerpo. Porque aquello era mucho más que mi habitual putrefacción. El horrendo olor se repitió muchas veces, y llegué a observar que, siempre, después de tocarme una crisopa. No lo sabía antes. Luego he podido comprobar que estos animales (por lo menos en las noches de verano) son nada más que bellísimas sentinas.

Oh, yo la hubiera querido ver allí, mi querida amiga. Mi alma se llenó de náuseas, de espanto y de furia, y, alucinado, demente, escribí el poema que a

usted tanto le molesta.

(De una carta del autor a la Sra. de H.)

Los insectos

A José María de Cossío

stán doliendo extraordinariamente los insectos,
ue, no hay duda, estoy desconfiando de los insectos,
ntas advertencias, de tantas patas, cabezas y esos
ojos,
obre todo esos ojos
o me permiten vigilar el espanto de las noches,
rrible sequedad de las noches, cuando zumban los
insectos,
s noches de los insectos,
do de pronto dudo de los insectos, cuando me
pregunto: *ah, ¿es que hay insectos?*,
do zumban y zumban y zumban los insectos,
do me duelen los insectos por toda el alma,

antas patas, con tantos ojos, con tantos mundos de mi vida,

ne habían estado doliendo en los insectos,

lo zumban, cuando vuelan, cuando se chapuzan en el agua, cuando...

cuando los insectos.

nsectos devoran la ceniza y me roen las noches,

ue salen de tierra y de mi carne de insectos los insectos.

ecados, disecados, los insectos!

disecados los insectos que zumbaban, que comían, que roían, que se chapuzaban en el agua,

uando la creación!, el día de la creación.

do roían las hojas de los insectos, de los árboles de los insectos,

lie, nadie veía a los insectos que roían, que roían el mundo,

ndo de mi carne (y la carne de los insectos),
insectos del mundo de los insectos que roían.
aban verdes, amarillos y de color de dátil, de color
de tierra seca los insectos,
os, sepultos, fuera de los insectos y dentro de mi
carne, dentro de los insectos y fuera de mi alma,
azados de insectos.
n ojos que se reían y con caras que se reían y patas
tas, que no se reían), estaban los insectos metálicos
royendo, royendo y royendo mi alma, la pobre,
ando y royendo el cadáver de mi alma que no
zumbaba y que no roía,
ido y zumbando mi alma, la pobre, que no zumbaba,
eso no, pero que por fin roía (roía dulcemente),
ido y royendo este mundo metálico y estos insectos
metálicos que me están royendo el mundo de
pequeños insectos,

ne están royendo el mundo y mi alma,
ne están royendo mi alma toda hecha de pequeños
insectos metálicos,
ne están royendo el mundo, mi alma, mi alma,
¡, los insectos,
¡, los puñeteros insectos.

Hombre

bre,

la tolvanera

la torre y el azul redondo,

ejo de una tarde, algarabía

orta de un verano.

bre, borrado en la expresión, disuelto

lemán: sólo flautín bardaje,

terca trompeta,

da en el solar contra las tapias.

bre,

ncólico grito,

olitario y triste

dor!; ¿dices algo, tienes algo

decir a los hombres o a los cielos?

o es esa amargura

grito, la densa pesadilla

monólogo eterno y sin respuesta?

bre,

o de tu angustia,

ro de tus días

iles, ¿qué aúllas, can, qué gimes?

e ha perdido el amo?

se ha muerto.

e ha podrido el amo en noches hondas,

mas sólo es ya polvo de estrellas!

, deja ese grito,

nútil plañir, sin eco, en vaho^[1].

ue nadie te oirá. Solo. Estás solo.

Raíces del odio

profundas raíces,
gorgoros de veneno hasta mis labios
estrellas, sin sangre!
serpientes retorcedoras
la vida delgada en indeciso
¡me! ¡Oh yertas, soterradas furias!
¿quién os puso en la tierra
¿oración? Que yo buscaba pájaros
¿sorto vuelo en la azorada tarde,
¿sones vagos cuando los crepúsculos
¿son hecho dulce vena,
¿idea divina,
¿terceras fuentes, sollozante música,

s sapos, cristal, agua en memoria.

yo anhelaba aquella flor celeste,

total —sus pétalos estrellas,

perfume el espacio,

color el sueño—

en el tallo de Dios se abrió una tarde,

incisión de los átomos en norma,

oio, primer día,

todo amor se ordenaba en haces de oro.

hababais vosotras, llamas negras,

herizadas euménides, enlutados espantos,

resos sollozantes,

adoras raíces,

jugos de bocas ya borradas.

¿dónde el huracán,

febre redoble

ampo, los sequísimos

os, mientras los agrios violines

n crujir, saltar las cuerdas últimas?

e lamer, ese lamer constante

s llamas de fango,

idad creciente

s noches de insomnio, negra hiedra

orazón, mano de lepra en flecos

etuerce, atenaza

oras secas, nítidas,

ibables, ay,

ndo con horrible

nsidad,

mucosidad,

ca virginal, estremecida!

¿De dónde, de dónde, vengadoras?

vestiglos! ¡Oh furias!

enéis el candor, los tiernos prados,

aharientas vacas de la tarde,

itud dorada y el trasluz

s dulces ojeras,

ñas de San Juan,

do la ardiente lanza del solsticio

erciopela en llanto!

enéis la ternura

s tímidas manos ya no esquivas,

anos en delicia, abandonadas

fluir de celestes nebulosas,

bocas de hierba suplicante

mas a la música del río.

del dulce abandono! ¡Ay de la gracia

al de la dormida primavera!

palacios, palacios,

teatros, anfiteatros, graderías,

destruyed vuestras salas a los vientos!

Corred de mi afán, ay altos cirios

corred a Dios por las estrellas últimas!

del esbelto mármol, ay del bronce!

de las hozas de la tierra,

de la dulce vida de hogar al mediodía,

de las fuentes casi en sollozar de fuente

del bullir del romeral solícito,

de la miel sonora!

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

o el fango salpica

ltimos luceros putrefactos?

escucháis el torrente de la sangre?

as luces moradas,

lirios de muerte, que galopan

e los duros hilos de los vientos!

ois vosotras, hijas de la ira,

ticas raíces

penetráis, que herís,

iozáis, que hozáis con vuestros secos brazos,

antes banderas de victoria,

e lentas se yerguen,

as se desgarran

filadas testas viperinas.

camente, sabia-

e, morosamente,
la palpitante,
tremecida pulpa voluptuosa.

icos se entretejen
normes meandros,
ausadas anillas;
férreas escamas
1 rastros de sangre y de veneno.
o atraviesa el alma vuestra gélida
cción nauseabunda!
o se filtra el acre,
ido sudor de vuestra negra
za sin luceros,
tras salta en el aire, en amarilla
rarada de pus, vuestro maldito

La isla

ella extraña travesía
ueva York hasta Cherburgo!
quiera una vez se movió el mar,
cizó el barco:
pre una lámina tensa,
eitosa bajo neblinas,
erada bajo soles imperturbables.
o siempre en la borda,
echo del monstruo,
ando su bostezo imponente,
gido,
lear de tralla!
ces pienso

ni alma fuera

o una isla,

ada durante muchos años

o espejo de azogue incommovible,

a aquel del prodigioso viaje,

ifana de sus palmeras, de sus celajes, de sus flores,

de dulce vida y de interior isleño,

villas diminutas, con sus mercados, con sendas

as que tal vez corre a la aurora un cochecillo

traqueteante,

olvidada, ensimismada en sueños como suaves

neblinas, quizá sin conocer

ñidor azul que la circunda,

metal que, bella piedra, acerado la engasta,

zón de existir,

e le da su ser,

ma de tierno reloj vivo, o de tortuga:

enso
prodigioso fue
ú me rodearas,
ú me contuvieras, Señor, así,
e no me hayas destruido
a lumbrarada súbita,
gando las olas con el acerbo látigo del viento
gemidor,
que, panteras aún con el furor del sueño,
i salto se lanzaran
e su presa,
que hayas estado circundándome
íos,

nándome

íos,

do y en reposo junto a tu criatura

desvalida,

smo que el enorme mastín paterno vela,

ana, sin arrullo,

eño

ño más pequeño de la casa.

s sido para mí como un paisaje

a visto, ni soñado tampoco,

no una música ni oída ni pensada,

misteriosamente,

osotros saberlo,

ondicionan con secretos efluvios de belleza,

smo que los astros más incógnitos

...vitud lejana nos imponen

...os apremios de su grave norma.

...go has comenzado

...tarte, a agitarme.

...ero sólo un pliegue,

...iegue sin murmullo, que, extenso al infinito,

...za por la líquida llanura,

...o la grada de un inmenso altar,

...amente corrida por sigilosos ángeles que la acercan a
Dios.

...ué ha comenzado lejos la resaca, como un lamento
de las bestias marinas,

...visto pasar como horribles hipopótamos que
avanzaran de lado,

...randes olas de fondo,

...ientres enormes que ruedan y ruedan, ignorantes de

su destino,

que allá junto a la costa comienzan a parir sin gemido peinadas cabelleras intensamente verdes, que al fin, blanco purísimo, en arco se derraman, batir su fúnebre redoble sobre el tambor tirante de la arena;

visto las jacas desenfrenadas y unánimes, que rompieron por fin la rienda y chocan de frente con las estrías del acantilado,

o si todos los macillos de un piano inmenso fueran movidos a la vez por una mano gigante,

indose súbitamente para que el sonido no se difumine (como en el dulce mecanismo del piano),

o asciende vertical la espuma de los heridos belfos.

he asomado en la noche

sentido bullir, subir, amenazadora, una marea inmensa y desconocida,

o cuando lentamente, apenas borboteante, sube la
leche en el perol si en ella se acumulan danzando los
genios sombríos del fuego.

la vida oculta en el implacable mar bulle y se
levanta,

nar se alza como materia sólida, como un paño de
luto,

o el brazo de un muerto levantará su sudario en el día
de la resurrección o la venganza.

ser misterioso crece, crece y sube,

o en la pesadilla de la madrugada la bestia que nos
va a devorar.

ce, y lo sé unánime,

nte, surgente,

odos sus abismales espantos,

us más tórpidos monstruos,

oda su vida, y con toda la muerte acumulada en su

seno:

los más tenebrosos valles submarinos

en empinado sin duda sobre sus tristes hombros de
vencidos titanes con un esfuerzo horrible.

¡Dios,

¡yo sabía que tu mar tuviera tempestades,

¡pero creí que era mi alma la que bullía, la que se
movía,

que allá en su fondo volaban agoreras las heces de
tantos siglos de tristeza humana,

¡y tu propia miseria le hacía hincharse como un
tumefacto carbunclo.

¡Dios tuyo.

¡Dios mío, gracias.

¡Dios querido poner sordo terror y reverencia en mi alma
infantil,

¡en el silencio agudo donde había sueño.

has logrado.

ste deshacerme en una llamarada.

os pasajeros del avión que el rayo ha herido,

en en una sola luz vivísima la exhalación que mata y
tu presencia súbita.

, no, tú quisiste mostrarme los escalones, las
moradas crecientes de tu terrible amor.

sura tu obra: ya es muy tarde.

s hora, ya es muy tarde.

ya ya tu obra, como el rayo.

lécame, desfleca tu marea surgente, aviva, aviva su
negro plomo,

ela en torres de cristal, despícala

oncos maretazos

ocaven los rotos resalseros,

antela ciclópeos rompeolas, osados malecones,

e, destruye, acaba esta isla ignorante,

nismada

s flores, en sus palmeras, en su cielo,

s aldeas blancas y en sus tiernos caminos,

ran su cubierta en naufragio tus grandes olas,

las alegres, tus olas juveniles que sin cesar deshacen
y crean,

las jubilosas que cantan el himno de tu, fuerza y de tu
eternidad.

name, abrásame, deshazme.

a yo isla borrada de tu océano.

De profundis

is por la carrera del arrabal, apartaos, no os
inficione mi pestilencia.

do de mi Dios me ha señalado: odre de putrefacción
quiso que fuera este mi cuerpo,

ramera de solicitudes mi alma,

ra ramera fastuosa de las que hacen languidecer de
amor al príncipe,

e el cabezo del valle, en el palacete de verano,

una loba del arrabal, acoceada por los trajinantes,

ra ha olvidado las palabras de amor,

o puede pedir unas monedas de cobre en la
cantonada.

oy la piltrafa que el tablajero arroja al perro del
mendigo,

erro del mendigo arroja al muladar.

desde la mina de las maldades, desde el pozo de la
miseria,

razón se ha levantado hasta mi Dios,

ia dicho: Oh Señor, tú que has hecho también la
podredumbre,

ne,

y el orujo exprimido en el año de la mala cosecha,

y el excremento del can sarnoso,

pato sin suela en el carnero del camposanto,

y el montoncito de estiércol a medio hacer, que
nadie compra,

de casi ni escarban las gallinas.

te amo,

te amo frenéticamente.

me, déjame fermentar en tu amor,

que me pudra hasta la entraña,

e me aniquilen hasta las últimas briznas de mi ser,

que un día sea mantillo de tus huertos!

A la Virgen María

o hoy estaba abandonado de todos,
o la vida
amarillo pus que fluye del hastío,
ilusión que lentamente se pudre,
horrible sombra cárdena donde nuestra húmeda
orfandad se condensa)
ba en mi sueño, medidora del sueño, segundo tras
segundo,
o el veneno ya me llegaba al corazón,
razón rompió en un grito,
tu nombre,
n María, madre.
ños hace que no te invocaba).
o no sé quién eres:

eres una gran ternura.

é lo que es la caricia de la primavera

do la siento subir como una turbia marea de mosto,

lo que es el pozo del sueño

do mis manos y mis pies con delicia se anegan,

ndiéndose, aún palpan el agua cada vez más
humanamente profunda.

s niños, ligados, sordos, ciegos,

materno vientre,

que por primera vez se hinche a la oscura llamarada
del oxígeno

ja flor gemela de sus pulmones,

gnoran la madre,

gidos por tiernas envolturas,

ides indefensas, pequeñas y dormidas

el alerta amor de sus murallas.

y viene el fluido sigiloso y veloz de la sangre,
ne y va la secretísima vena,
rae íntimas músicas, señales misteriosas que conjuró
el instinto,
os
n a sorbos ávidos, cada instante más ávidos,
la,
ólo luz de luna sobre una aldea incógnita sumergida
en el sueño,
uramente sienten que son un calorcito, que son un
palpitar,
on amor, que son naturaleza,
enten bien,
itos, del verano en la tarde, a la brisa,
endo una ignorante sucesión de minutos,
tranquila acequia.

e ignoro, madre.

yo no sé quién eres, pero tú eres

grande de enero que sin rumor nos besa,

avera surgente como el amor en junio,

el sueño en el que nos hundimos,

teresa que embebe con trémula avidez la vegetal
célula joven,

eterna donde el amor palpita,

madre.

yo tengo razón.

haré, cerraré, como al herir la aurora pesadillas de
bronce,

certeza del espanto,

que fantasmas eran, son, sólo fantasmas,

anteriores enemigos,

aurora, de carlangas hispidas,

o mismo, en traílla, azuzaba frenético
mi destrucción,
tasma también mis enemigos exteriores,
riso de bocas, ávidas ya de befa
el odio encarnizaba contra mí,
dedos, largos como mástiles de navío,
rizaban la lívida bocana de mi escape,
pezuñas, que tamborileaban a mi espalda, crecientes,
sobre el llano.
surjo, aliento, protegido en tu clima,
ido por tu ambiente,
que en noche y orfandad lloraba
incendio del horrible barco, y se despierta
a isla maravillosa del Pacífico,
o de un lago azul, rubio de sol,

o de una turquesa, de una gota de ámbar

e todo es prodigio:

re que flamea como banderas nítidas sus capas
transparentes,

ño invariable de las absortas flores carmesíes,

lulante pedrería, el crujir, el bullir de los insectos
como átomos del mundo en su primer hervor,

rands frutos misteriosos

idensan en perfume sin tristeza los zumos más
secretos de la vida.

dulce sueño, en tu regazo, madre,

seguro y verde entre corrientes rugidoras,

nido colgante sobre el pinar cimero,

re en quien Dios se posa como el aire de estío, en un
enorme beso azul,

, primera y extrañísima creación de su amor!

éjame ahora que te sienta humana,
e de carne sólo,
que te pintaron tus más tiernos amantes,
ne que contemple, tras tus ojos bellísimos,
jos apenados de mi madre terrena,
íteme que piense
osas un instante esa divina carga
tiendes los brazos,
cunas en tus brazos,
as mi dolor,
re que lloro.
n María, madre,
ir quiero en tus brazos hasta que en Dios despierte.

Dedicatoria final (Las Alas)

sobre Dámaso,

más miserable, tú el último de los seres,

de con tu fealdad y con el oscuro turbión de tu
desorden

debas la sedeña armonía

undo,

que ya se acerca tu momento

que no hay ni un presagio que ya en ti no se haya
cumplido),

que subirás al Padre,

cioso y veloz como el alcohol bermejo en los
termómetros,

¿o has de ir con tus manos estériles?

le dirás cuando en silencio te pregunte qué has
hecho?

diré: «Señor, te amé. Te amaba

s montes, cuanto más altos, cuanto más desnudos,
londe el silencio erige sus verticales torres sobre la
piedra,

e la nieve aún se arregosta en julio a los canchales,
inmenso circo, en la profunda copa, llena de nítido
cristal, en cuyo centro

guila en enormes espirales se desliza

una mota que en pausado giro

ende por el agua

transparente

:

entía más cerca de tu terrible amor, de tu garra de

fuego.

amaba en la briznilla más pequeña,
aquellas florecillas que su mano me daba,
minutas que sólo sus ojos inocentes,
los ojos, anteriores a la maldad y al sueño,
habían buscar entre la hierba,
cillitas tal vez equivocadas en nuestro suelo,
demasiado grande,
¿sabe si caídas de algún planeta niño.

«o te amaba aún con más ternura en lo pequeño».
—te diré—, yo te he amado, Señor».

muy pronto

¿ver que no basta, que tú me pides más.

que, ¿cómo no amarte, oh Dios mío?

¿ha de hacer el espejo sino volver el rayo que le
hostiga?

ilce luz refleja, ¿quién dice que el espejo la creaba?
io; no puede ser bastante.
mo fina lluvia batida por el viento a fines de
noviembre,
le caer sobre mi corazón
alabras heladas: «Tú, ¿qué has hecho?».
atreveré a decirte
o he sentido desde niño
r en mí, no sé, una dulzura torpe,
renilla de fluido azul,
e matiz en que el azul se hace tristeza,
ie la tristeza se hace música?
úsica interior se iba en el aire, se iba a su centro de
armonía.
nas veces (¡ah, muy pocas veces!
do apenas salía de la niñez; y luego en el acíbar de la

juventud; y ahora que he sentido los primeros
manotazos del súbito orangután pardo de mi vejez),

gunas veces

edaba flotando la dulce música,

tando, se cuajaba en canción.

o cantaba.

quí —diré—, Señor, te traigo mis canciones.

que he hecho, lo único que he hecho.

hubo ni una sola

ie el arco y al mismo tiempo el hito

eses tú.

o he tenido un hijo,

plantado de viña la ladera de casa,

conducido a los hombres

gloria inmortal o a la muerte sin gloria,

hecho más que estas cancioncillas:

es y pocas son.

ero aquellas puras (¡es decir, claras, tersas!)

ellas otras de la ciudad donde vivía.

aciarme de mi candor de niño,

rtí mi ternura

librito aquel, igual

n una copa de cristal diáfano.

o dormí en lo oscuro durante muchas horas,

o unos instantes

esperté

cantar el viento, para cantar el verso,

os seres más puros

undo de materia y del mundo de espíritu.

cabo de los años llegó por fin la tarde,

ue supiera cómo,
ie, cual una llama
i rojo oscuro y ocre,
ino la noticia,
orega noticia
belleza y de tu amor.

¡Cantaba!

aba, sí!
ices
é aquel soneto
a belleza de una niña, aquel
anto
ucionó.
ólo después supe
s que me respondías?—

yo era en tu poder quitar la muerte

que vive:

¿tú mismo harías que la belleza humana

sea una viva flor sin su fruto: la muerte.

yo era ignorante, tenía sueño, no sabía

que la muerte es el único pórtico de tu inmortalidad.

ahora, Señor, oh dulce Padre,

yo ya estaba más caído y más triste,

amarillo y verde, como un limón no bien maduro,

yo ya estaba más lleno de náuseas y de ira,

ya visitado,

ya tocado por tu uña,

ya tratado por el impasible médico

ya con la bolsa de la bilis,

ya llorando, en furor, mi podredumbre

estéril injusticia del mundo,
manado en la noche largamente
o un chortal viscoso de miseria.

hijo de la ira

ni canto.

ya estoy mejor.

que cantar para sanarme.

he rezado mis canciones.

belas ahora, Padre mío.

que he hecho.

nico que he hecho».

liré.

irá en silencio el Padre,

rtamente

e ha de sonreír.

de ha de sonreír, en cuanto a su bondad, pero no en
cuanto

justicia.

de mi corazón,

)

do quema los brotes demasiado atrevidos el enero,

in estas palabras heladas:

s. «¿Qué hiciste?».

hios,

rendo,

) he cantado;

medé tu voz cual dicen que los mirlos remedan

l pastor paciente que los doma.

he seguido en el sueño que tenía.

de visto vacilante,

qué impalpable roce me resbalaba el aire!

ogaba, bogaba por el espacio, era

lorioso, ser que se mueve en las tres dimensiones de
la dicha,

r alado.

aquellas alas

e ya me bastaba ante el Señor,

ico grande y bello

o había ayudado a crear en el mundo.

m

llas alas vuestros dos amores,

ros amores, mujer, madre.

osotras, las dos mujeres de mi vida,

dme dando siempre vuestro amor,

dme sosteniendo,

que no me caiga,
que no me hunda en la noche,
que no me manche,
que tenga el valor que me falta para seguir viviendo,
que no me detenga voluntariamente en mi camino,
que cuando mi Dios quiera gane la inmortalidad a
través de la muerte,
que Dios me ame,
que mi gran Dios me reciba en sus brazos,
que duerma en su recuerdo.



DÁMASO ALONSO (Madrid, 1898-1990) Poeta y crítico español. Miembro como poeta de la llamada Generación del 27, destacó además como eminente crítico, de fama mundial, por sus estudios estilísticos.

Fue alumno de Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos, lugar que desempeñó una función básica en su vasta y profunda formación intelectual. En la Residencia de Estudiantes, en Madrid, conectó con los que serían sus compañeros de generación: Federico García Lorca, Rafael Alberti, Luis Cernuda o Manuel Altolaguirre.

Enseñó lengua y literatura españolas, tanto en universidades extranjeras como nacionales: Berlín, Cambridge, Valencia (1933-1939) y Madrid (1939-1968). Asimismo, fue director de la *Revista de Filología Española* y de la Real Academia Española.

Sus profundos análisis sobre Luis de Góngora son una de las cumbres de su producción. Así, *Temas gongorinos* y la correspondiente edición de *Soledades* (1927), *La lengua poética de Góngora* (1950) o *Estudios y ensayos gongorinos* (1955) se han convertido en textos clásicos e indispensables para el estudio de la obra de este clásico.

También investigó las fuentes de la *Poesía de tipo tradicional* (1949), particularmente las relativas a las jarchas; la obra de Gil Vicente, en *Poesías* (1940) y *Tragicomedia de don Duardos* (1942) y la del mayor místico español en *La poesía de san Juan de la Cruz* (1942).

De su extenso trabajo crítico cabe señalar, por último, aquellos libros que, como *Ensayo de poesía española* (1945), *Poesía española* (1950) o *Seis calas en la expresión literaria española* (1951, en colaboración con Carlos Bousoño) se aplican al análisis y difusión de las disciplinas estilísticas, y el formalismo destinado a ejercer la crítica literaria; otros dos títulos importantes en esta línea son *Poetas españoles contemporáneos* (1952) y *Poesía española: ensayo de método y límites estilísticos*, del mismo año.

Su labor como poeta dio comienzo con *Poemas puros, y poemillas de la ciudad* (1921), delicadas composiciones de juventud en las que se detecta la huella del modernismo así como la influencia de Juan Ramón Jiménez, para continuar con la que se considera su obra mayor, *Hijos de la ira* (1944), en la que el poeta lanza un grito de angustia y cólera ante el espectáculo de dolor y miseria que ofrece el mundo circundante. Dominado por esos

sentimientos, el libro ofrece una visión cruel y amarga de la vida, metaforizada como un «horrible viaje» o una «pesadilla sin retorno».

Sin embargo, y muy por encima de esta primera lectura, brota otro sentimiento opuesto y complementario en toda su poesía, en el que irrumpe la piedad por uno mismo y por la descarnada existencia del mundo, transfiriendo a la imagen trascendente del universo, Dios, la única posibilidad de redención en el centro mismo del dolor y el escándalo. En cierta ocasión, el propio autor lo dijo con estas palabras: «Hoy es sólo el corazón del hombre lo que me interesa: expresar con mi dolor o con mi esperanza el anhelo o la angustia del eterno corazón del hombre». Otros libros suyos son *Oscura noticia* (1944; selección de poemas publicados desde 1925 en varias revistas), *Hombre y Dios* (1955) y *Gozos de la vista* (1981). En 1978 obtuvo el Premio Cervantes.

Notas

[1] «en vano» en alguna edición; errata corregida personalmente por el autor. <<